

Capítulo I: Las fiestas patronales

Ibiza Melián

20 enero, 2010

Categoría: Historias de un pueblo

El intenso calor, a pesar de su molestia, servía para relajar la desmesurada tensión en el ambiente, la desconfianza y recelos se palpaban por doquier. La voz de fondo predominante era la del párroco, eso sí, los cuchicheos daban lugar a un homogéneo murmullo, cual acompañamiento coral. **Como siempre, las fiestas patronales no estaban presididas por la virgen a la que se veneraba, sino por disputas y múltiples rencores. Porque al fin y al cabo, lo queremos reconocer o no, lamentablemente aún existen lares donde se gesta lentamente otro renovado Puerto Hurraco.**

A la salida de la eucaristía la banda comenzó a tocar los tradicionales pasodobles. Y tras ellos aprendices y veteranos, con su corte de alcahuetes respectivos. Sujetos que cantarán mil loas o se arrastrarán por el fango, con tal de lograr para sí la dádiva prometida.

Resulta, según se mire, bastante gracioso o triste. Si el que te empleaba antaño, ahora ya no estaba, de omnipotente prohombre cubierto de máximas virtudes pasaba a criatura monstruosa a la que se le atribuyen todo tipo de males. El poder de transformación que conferían los lisonjeros superaba a cualquier leyenda mitológica.

Gracias a supuestos intereses, los enemigos de ayer eran casi hermanos hoy. Aunque para mantener en cierto grado las apariencias, procuraban no dejarse ver juntos en demasía. **Olvidando injurias vertidas en otros tiempos contra propios y extraños, contestadas en aquel momento a modo de promesas eternas, consistentes básicamente en jamás otorgar el perdón.** Esa clásica ristra de estridentes grandilocuencias que se lanzan al viento y que la brisa erosiona con suma facilidad. Hay quien cuenta incluso que en estas historias siempre cohabita un padrino, y como tal es mentado reiterativamente por sus favorecidos.

Y allí estaban ellos en el centro de la plaza con exagerados y falsos abrazos. Hipocresía en estado puro. Con conversaciones huecas y vacías, repletas de subliminales mensajes. Quedando delatados inevitablemente por su lenguaje no verbal. Mientras hablaban del tiempo se frotaban las manos, relamiéndose ya por los pingües beneficios. Se tocaban la oreja o nariz, trasladándole por consiguiente al receptor la emisión de una burda mentira más. Total, entre tantas, de seguro que pasaba desapercibida.

Poco a poco se fue yendo la gente. Y allí de pie, pensé en lo que hace años me dijo un buen señor: «para lograr abrirse paso en un sitio, se ha de conocer primero lo que hay alrededor del camino». **Y ahora afirmo que este lugar tiene todavía mucho que enseñar y mostrar. Una historia subyacente repleta de: odios, desilusiones y confabulaciones.**